

Recuerdo que las comidas eran aquellos días alegres, prolongadas en largas sobremesas en las que se contaban historias extraordinarias. Mi madre estaba radiante y yo feliz, admirando a mis hermanos como pocas veces volví a admirar a alguien.

ÁNGEL GONZÁLEZ

Extraña educación, en la que coincidían la libertad casi absoluta —la guerra, en algunos aspectos, deja en paz a los niños— y las servidumbres más humillantes. Pese a todas las limitaciones —enormes— que derivan de esas circunstancias, aprendimos muchas cosas importantes; a decir no (en voz baja, por supuesto, pero con inquebrantable terquedad); a no darnos nunca por vencidos a pesar de sabernos derrotados; a arrancar ilusiones de la desesperanza; a poner precio a la belleza —buscarla donde quiera que se esconda, viva o muerta— e incluso inventarla cuando tardaba en aparecer; a mantener vivo el espíritu de subversión bajo la costra de la sumisión; a ser escépticos y a establecer para siempre algunas diferencias básicas: entre pureza y puritanismo (por ejemplo).

ÁNGEL GONZÁLEZ

1. Que responda Churchill

No sé si ustedes conocen al poeta Ángel González. Su palabra revela una mezcla de filósofo clásico y de anciano del lugar, de superviviente estoico que lo ha visto todo y lo cuenta todo, mientras pide una última copa para no dar por terminada la noche que de manera inevitable se pierde ya por la grieta rojiza del amanecer. Detrás de su barba blanca esconde un mentón demasiado corto y una vida demasiado larga. Apenas conoció a su padre, porque murió cuando él no había llegado a cumplir los dos años, por culpa de una operación caprichosa. Era cojo y necesitaba recuperar la movilidad de la rodilla izquierda para conducir. Que un hombre de más de cuarenta años se empeñase en pasar por el quirófano para comprarse un coche no dejaba de ser un capricho en aquella época. En 1927, en Oviedo, la mayoría de los profesores sesudos, o de los respetables concejales, estaban acostumbrados a cumplir con sus obligaciones y con sus ocios sin necesitar un carné de conducir. La aventura no salió bien, quedó frenada por una infección vertiginosa, y Ángel González creció huérfano de padre, sin las enseñanzas directas de uno de los mejores pedagogos asturianos de principios del siglo xx. Pero la madre y los hermanos mayores hablaban mucho de las costumbres, las ilusiones y la rectitud del fallecido. Por eso el niño conservó recuerdos vivísimos de un padre al que apenas llegó a conocer. Además de una enciclopedia Espasa, algunas fotografías y un tesoro de sugerencias morales sobre la educación y el gobierno de los hombres, Ángel heredó de su padre un mentón corto y la certeza de que los caballeros con esa peculiaridad fisiológica deben dejarse la barba para presentar en sociedad un aspecto digno.

Detrás de la barba de Ángel González, se esconde la imprudencia más precavida que pueda conocerse. Los acontecimientos de la historia lo sorprendieron desde muy pronto en lugares propicios a las grandes borrascas o a las sequías aniquiladoras. Por voluntad o por fortuna, otros individuos pasan su vida en zonas templadas, amparados por la caridad de unos elementos atmosféricos que se comportan como perros falderos. La buena lluvia, el sol suave, la brisa primaveral facilitan mucho las rutinas de la existencia. Ladran alguna vez, pero no muerden. La cuestión es que Ángel prefiere los gatos a los perros, y desde muy niño se acostumbró a que la historia se encontrara con él a la intemperie. Mientras saltaba por los árboles, las tapias y los tejados de su barrio, el viento frío del norte arrastró nubes oscuras, ramas quebradas, papeles de periódico con noticias alarmantes, revoluciones, golpes de Estado, guerras, victorias y derrotas, descargas de fusiles, tiros de gracia y horas de silencio conmovido. Tardó poco en despreocuparse del miedo familiar a los quirófanos, herencia materna en este caso, para atender a los peligros mortales que pasaban por la calle. Al segundo chaparrón, calado hasta los huesos, aprendió a quitarse los calcetines, pedir ropa seca y buscar el calor de la lumbre. Nunca renunció a habitar los lugares marcados con la tinta roja de la imprudencia. Pero suele acomodarse en ellos de forma muy precavida, moverse con tiento, sin hablar en voz alta, guardándose las lágrimas y las risas para sí mismo o para las ocasiones de extrema intimidación. No ya la felicidad, sino la supervivencia dependieron en muchas ocasiones de un silencio a tiempo.

Entre Stalin y Hitler, el cigarro puro, el sombrero y el cinismo inglés de Churchill ofrecían una forma decente de escurrir el bulto. Los alumnos del colegio Fruela jugaban a escoger nombres famosos en la historia europea de los años cuarenta. Olvidaban sus apellidos en la cartera, anotados con caligrafía redonda de las libretas y los libros, y cada cual elegía un personaje en los aires convulsos de la política internacional. Sobre la política española era mejor pasar de punti-

llas. Los González, los Alas, los Rodríguez, los Caballero, los Álvarez-Buylla, los Bascarán soportaban el peso de una derrota o de una victoria demasiado cercana. Mejor jugar a los bigotes de Stalin y Hitler, o a saludar el paso de la tarde con la mano y la desmayada salud de Roosevelt, o a celebrar la capacidad sentimental de resistencia con el orondo buen humor de Churchill. A ver quién llega primero a la puerta de la Catedral. Ha ganado Adolf Hitler. Vamos a encontrar a Franklin Delano Roosevelt, que está escondido en un portal de la calle Cimadevilla. A la pregunta difícil del profesor de religión, que conteste sir Winston Churchill, y ése era Angelín, que se llevaba muy bien con el profesor de religión del colegio Fruela, como los alumnos becados suelen llevarse con casi todos los profesores en los colegios de pago. Cuando el profesor de religión, por poner las cosas fáciles, preguntaba con voz condescendiente en la clase «¿Quién hizo el mundo?», los pupitres se llenaban de manos y de voces que respondían a coro: «Mi padre».

Por mucha devoción y mucha voluntad clerical que reinase en España, una victoria era una victoria y el orgullo de los vencedores rompía las costuras por donde menos se pensara. Churchill levantaba la mano antes de que el cura empezase a gritar y a tragarse sus blasfemias, y en voz baja sugería «Dios», reestableciendo el orden nacional en el aula. Y no se trataba de responder con la seguridad de quien ha visto a Dios, porque por entonces Dios aún no se le había aparecido a Ángel González. En la vida todo se anda, pero todo tiene sus momentos, sus pasos. Eran sólo ganas de quedar bien, de ser prudente, de comportarse como Churchill. Por tradición familiar, tal y como estaban las cosas en el mundo, le hubiera apetecido llamarse Stalin, José o Pepe Stalin. Pero con un hermano fusilado, otro hermano en el exilio, y una madre y una hermana depuradas, quién era el niño temerario capaz de llamarse Stalin en el colegio Fruela de Oviedo. Resultaba más peligroso que olvidarse de Dios por una confusión paterna y bienintencionada. Así que era me-

jor evitar las coincidencias sospechosas, incluso en los inocentes juegos infantiles. Tampoco se podía pasar uno al enemigo, ni siquiera de broma. Hitler quedaba descartado por un asunto de dignidad familiar. Angelín, que ignoraba entonces los crímenes de Stalin, desconocía también hasta qué punto la Inglaterra de Churchill se había lavado sus manos regordetas con un pacto de no intervención durante la guerra, dejando que los alemanes y los italianos crucificasen a la República española. No habían faltado comentarios y noticias desalentadoras, pero Churchill podía ser identificado aún con un caballero, un demócrata, alguien que luchaba contra Hitler, una buena excusa para huir prudentemente de Stalin sin pasarse al enemigo.

En las leyes de la supervivencia hasta el buen humor supone una manera de guardar los secretos. Conviene mirar al viento, mantenerse callado y dejarlo pasar con su arrastre de calamidades y de golpes de fortuna. Nadie puede nada contra el azar, pero nunca está de más una barrera desde la que observar sus revueltas y sus cornadas. Quien ha vivido una guerra sabe que conviene pensar muy bien lo que se hace y lo que se dice, aunque después nada permanezca atado y seguro ante el carácter maniático del destino. En los primeros años de la República, Ángel se extrañaba cada vez que su madre interrumpía las conversaciones de sus hermanos, repletas de optimismo, estrategias y nombres de políticos. La madre se preocupaba por la amenaza de una guerra. El niño entendía el miedo a la electricidad de las tormentas, a las uñas de los incendios, a los aullidos de los lobos, al túnel del tren que pasaba por el barrio, pero no podía comprender la amenaza abstracta de la guerra. Cuando oyó en la radio de galena que unos generales se habían levantado contra el Gobierno, tampoco entendió el miedo de su madre. El mosquecón fascinante de su hermano Pedro, la disciplina firme y decidida de su militancia seguían formando parte de un reino infantil, en el que todo estaba en su sitio, y sobraba espacio para cualquier cosa, para un duro de plata, una película

en el cine Toreno, el entusiasmo de un hermano heroico o la leyenda novelesca de las armas.

Sólo cuando empezó a actuar el azar, el imprevisible demonio del azar, comprendió el miedo a la guerra. Su hermana Maruja estaba una tarde asomada a la ventana, viendo a lo lejos el humo de los cañonazos que golpeaban uno de los frentes del cerco. Se salvó de milagro, por unos segundos, por un milímetro de reloj, por un golpe de fortuna, porque tuvo la suerte de apartarse de la ventana justo antes de que entrara un obús. Después de los gritos, cuando la casa se tranquilizó, la conversación de los mayores le hizo comprender al niño que la vida de Maruja no era el único milagro. La suerte quiso también que el obús traicionero no estallase aquel día dentro de la casa, un azar tan imprevisible como el invierno sin frío, el sol sin noche o el colegio sin exámenes. Vivir una guerra es ver que un obús entra a merendar en la casa y no estalla, o sentir que una bala deja un agujero redondo y perfecto en el cristal de la ventana, cruza por el salón, pasa por una de las rendijas del biombo, deja otro hueco redondo y perfecto en el cristal del aparador y se incrusta en la pared, sin herir a nadie, sin romper una taza de café, sin rozar una de las copas de la tía Clotilde.

Pero la buena suerte suele enamorarse de la mala suerte, van siempre juntas, duermen en la misma cama. La mala suerte llamó a casa de los Taibo cuando los dos hijos de doña Nieves estaban haciendo una visita. Se abrió la puerta y la muerte entró confundida entre los soldados que buscaban al tío Ignacio Lavilla. Apuntaban con sus armas y sus preguntas. ¿Ustedes quiénes son, qué hacen aquí? Vivimos en el piso de abajo, somos vecinos, estamos de visita. Las explicaciones más naturales sirven de poco cuando en la rabia de la guerra un soldado aprieta un fusil o cuando el destino tiene un mal día. Se llevaron detenidos a los hijos de doña Nieves, y al cabo de pocas horas, como represalia por un bombardeo de la aviación republicana, entraron en el sorteo macabro de la venganza, los sacaron de la cárcel y los fusilaron. Decir que no supieron nunca por qué los mataban sería una licencia de

mala literatura. Los hijos de doña Nieves supieron perfectamente por qué los mataban, por qué se fusilaba en una guerra como aquélla, por qué tienen razón las madres como doña Nieves o doña María cuando temen las guerras y el azar empieza a moverse al margen de cualquier protección. Ahí sí que acierta la mala literatura, los malos poetas que escriben versos sentimentales contra las guerras y resaltan el dolor de las madres. La mala y la buena suerte actúan sin reglas, como una catástrofe rodante, imprevisible, desbocada, porque las guerras hacen inútil el instinto de protección de las madres. Ése es el abismo, el caos, el infierno. Da igual tener los calcetines mojados o secos, tomarse o dejarse la leche, correr por el túnel del tren o soportar con prudencia la cobardía y las bromas de los otros niños. Da igual el cuidado, el desayuno a su hora, la cama bien hecha, las medicinas contra la tuberculosis. Los esfuerzos son impagables, pero no dan seguridad ninguna. Se muere por cualquier cosa, porque uno se levanta tarde de una silla, por estar de visita en el piso de arriba o por una coquetería, por no mancharse los zapatos.

Alfonso Beaumont, el vecino representante de pollos Chispún, murió por no mancharse los zapatos. Era muy vendedor, muy simpático y muy remilgado. Se hizo alférez provisional por las urgencias del momento. No se podía vender caldo de pollo en una ciudad sitiada. Los himnos y las consignas abundaban más que los contramuslos, y, puesto a elegir, se veía mucho mejor con uniforme de militar que con un mono de miliciano. La calle Fuertes Acevedo había quedado en primera línea de fuego. Los obuses entraban por las ventanas, que cambiaron los paisajes por los frentes de batalla y las persianas por los parapetos y los colchones. Al salir del portal convenía seguir un camino preciso, pegarse a la pared, andar bajo la protección de los otros edificios y llegar a la trinchera. Un charco se cruzó en la vida del alférez Alfonso Beaumont. Por no pisar el barro, dio un salto, se salió de la ruta segura, y la mala suerte aprovechó unas décimas de segundo para apuntarle a la cabeza. Angelín sintió su muerte, Ángel recuerda su

muerte, aunque la guerra iba a escribir con sangre otros apellidos mucho más cercanos. Beaumont no deja de ser un apellido más raro que González.

En un campo de batalla no hay quien pueda negociar con la suerte, nada vale. Pero siempre resulta aconsejable aprender a hablar en voz baja y saber guardar un secreto. Cuando los milicianos se acercaron a la plaza de América y hubo que irse a vivir al piso de doña Nieves, Angelín se hizo amigo de los Taibo. Amistad era entonces una palabra muy seria, uno se jugaba la vida en cada sílaba. Amistad significaba complicidad, supervivencia, confianza, pacto de silencio, compartir el hambre, saber guardar secretos, aprender las contraseñas, entrar a una casa llamando a la puerta de una forma especial y enterarse de que el tío Ignacio estaba escondido dentro de un armario. Después, ya al final de la guerra, significó también callarse por segunda vez, guardarse un secreto doble. Amaro y Paco Ignacio se pusieron blancos al ver llegar a un señor muy raro, sucio, fatigado, con una mano tapándose la cara, que entró en el portal donde ellos jugaban y subió por la escalera sin saludar. Benito Taibo, comisario del ejército republicano, volvía de la guerra.

Los padres vuelven raros cuando huyen de una derrota, y necesitan muchos besos, pero sobre todo mucho silencio, porque ya son dos los escondidos, un tío y un padre, y la amistad no significa decir vente a jugar con nosotros a la casa, sino entra en la casa, tú sí puedes entrar en la casa, eres de los míos, de los nuestros, pero cállate, no te estoy prestando un juguete sino la vida de mi padre, y la de mi tío Ignacio, no tengas un desliz, que nadie vea nunca los dibujos que te hace el tío, que nadie escuche un comentario tonto sobre alguna cosa sin importancia. Las verdades se filtran por debajo de las palabras como la luz o el miedo por debajo de las puertas. La suerte es infame y pone los oídos de cualquiera donde le da la gana, hace que las palabras inocentes se conviertan en bolas de fuego, hace que los soldados vengan a por el tío cuando están de visita los hijos de doña Nieves, y se lleva por delante a los pobres hijos de doña Nieves, y se olvida del tío

en su armario. Así hasta que pasa la guerra, y la suerte empieza a hacer bromas con la paz. Nada es ya seguro, aunque siempre resulta mejor estar callado cuando se sale de casa.

Resulta mejor estar callado incluso cuando se tienen las de ganar. Las amenazas giran la cabeza y muerden los labios de quien las pronuncia muy seguro, sobrecargado de orgullo y de poder. Nadie está seguro, ni siquiera vestido de falangista, ni siquiera siendo un falangista de verdad, un camisa vieja, uno de los que no tuvo que darse prisa, correr a la tienda en busca de una camisa azul para salvar el pellejo y participar uniformado en la fiesta. Juan, el dueño de la peluquería de la calle Asturias, avisó un día a la madre de los Tai-bo de que un niño de la Falange, mientras se cortaba el pelo, y se vanagloriaba del asalto a la redacción del diario *Avance*, había dicho que no se iba a escapar ninguno, que poco a poco irían cayendo esos periodistas, porque todo se sabe, porque acabo de saber que en esa casa de enfrente está escondido Ignacio Lavilla, el redactor jefe, y vamos a ir a por él esta noche. Lo decía muy seguro, muy orgulloso, pronosticando el futuro, la cacería nocturna, los pasos siguientes en la historia cruel de la calle. Luego no ocurrió nada, no llamaron a la puerta, pasaron los días, las semanas, y tío siguió esperando al destino dentro de su armario. El barbero contó después que el falangista, antes de dar el chivatazo, había sufrido una muerte repentina. No había caído en una acción gloriosa, no había sido reclamado por uno de los sobresaltos que escriben los argumentos tormentosos de las batallas. Sólo fue una muerte repentina, una puñetera y oportuna muerte repentina. El falangista sufrió en sus carnes el cambio de rumbo de la fortuna, y descansó en paz de la guerra que había encendido con tantas amenazas y tanto empeño. Y dejó que los demás se escondiesen en paz. El mundo está condenado a que la mala suerte de unos se convierta en la buena suerte de otros.

Cuando un desdichado pierde el reloj, hay siempre un afortunado que se lo encuentra. La prudencia sirve para

no mancharse las manos en el barro de la propia desgracia, a veces ayuda a sobrevivir, pero no evita los arañazos de la culpa, las noches de insomnio, el sudor del tiempo negro. No es sólo el miedo, ni la angustia a la hora de pensar en lo que se viene encima, sino el pasmo, la perplejidad de verse de pronto fuera del infierno, la sorpresa de sentirse a salvo, por fin a salvo, sin motivo, pero ¿qué ocurrió?, la memoria y la duda, yo sí y aquél no, la alegría y la mala conciencia, no sé por qué yo sí y por qué tú no, por qué a ti te visitó la mala suerte y a mí la buena, y vueltas en la cama, y vueltas en la alegría y en el dolor, porque a mí no me tocó mientras a otros los estaban llamando a la ventana, a las tapias, a las curvas de las carreteras, a los lados peligrosos de la calle. Así pasan los años, como una mezcla fangosa de alegría, mala conciencia y secretos. La culpa está ahí, es inevitable, pertenece a la vida de Ángel y a la de cualquiera, forma parte de la resistencia, igual que la depresión, igual que el azar, igual que la alegría, igual que el amor al sol de invierno y a las últimas copas de la noche. No sé si ustedes conocen a Ángel González. Si lo conocen, o si tienen la paciencia de leer esta historia, podrán imaginar el cerco que la culpa impuso en sus recuerdos cuando dio por perdido el reloj Certina que le había comprado su madre.

Era el año en el que Ángel decidió buscarse la vida en Madrid. La pobreza pesaba todavía y fue un regalo a plazos. Habían pasado los años, la guerra, la infancia, la enfermedad en Páramo del Sil, las inyecciones de orosanil, los cursos de derecho en la Universidad de Oviedo, las primeras colaboraciones en la prensa. Resultaba imprescindible marcar el tiempo con un reloj nuevo en una ciudad más grande, llena de tabernas, amigos falsos, mujeres fáciles y academias para preparar oposiciones. La madre compró el reloj, y todavía estaba pagando los plazos cuando Ángel lo perdió en una aventura nocturna. Hay cojos honrados y cojos delincuentes, aunque todos vivan en silencio su desgracia. El ladrón cojo tuvo que tirarlo en un rincón cualquiera del Campo del Moro, antes de que lo detuviese el sereno. Los ladrones cojos no tardan en

perder una carrera. Pero allí se quedó el reloj, Dios sabe dónde. Y seguiría marcando el tiempo hasta que se acabase la cuerda, y se quedaría mudo entre los setos, hasta que alguien lo encontrara por casualidad, y otra vez empezarían a moverse sus minutos, sus prisas, sus lentitudes y sus agujas en la muñeca de un ser alegre, visitado por la buena suerte. Quizá sea eso la memoria, o la literatura de la memoria, un reloj que sigue funcionando después de haberse perdido, una esfera en la que nos hace compañía y nos habla lo que ya desapareció. Todo pasa, pero nada termina del todo. Alguien puede encontrar unos recuerdos, observar su correa brillante entre las hojas secas del otoño, darles cuerda, hacerlos vivir en otro corazón, latir de nuevo y de verdad. Nunca se terminan de pagar los plazos de una vida, de cualquier vida. Quizá la memoria sea también eso.

No sé si ustedes conocen a Ángel González. Es posible que hayan leído sus poemas, pero muy poca gente sabe la historia de su vida. Después de sufrir su guerra, de recorrer los prados y las calles de sus quimeras infantiles, de respirar el aire espeso de una adolescencia contaminada por los himnos, las delaciones y el bacilo de Koch, comprenderán mejor el tono bajo con el que habla de las cosas altas, el humor que utiliza para acercarse a los asuntos demasiado serios. Comprenderán que se negara a creer en la existencia de Dios, incluso después de haberlo visto. Comprenderán también ese extraño fenómeno que asombra a sus amigos, una enigmática disfunción biológica que se convierte en el milagro final de todas las fiestas. Cuando bebe, a Ángel González se le sube el alcohol a los pies. Ha aprendido a mantener fría la cabeza. Por lo que pueda ocurrir... Por lo que pueda decirse o callarse... Aunque sus pasos vacilan, su voz es más clara, más sobria. Las apostillas secas de Ángel caen sobre las estupideces incautas de las borracheras.

La memoria no mantiene fría la cabeza, prefiere jugar con los recuerdos, elegir, tejer un mundo claro, volverle los forros al pasado. Los periódicos de la época confirman que

entre 1925 y 1934 abundaron en Asturias los días lluviosos, las heladas y los veranos breves. Sin embargo en los primeros capítulos de esta historia van a dominar los cielos azules, las mañanas de sol, los atardeceres suaves, los pantalones cortos, y un barrio casi asaltado por el olor del campo. De día se escucha el andar tranquilo de las vacas. Por la noche, el canto de los grillos.